

## Reseña bibliográfica



### *Los marxismos del nuevo siglo*

César Altamira

Buenos Aires: Biblos, 2006

Colección Pensamiento Social

### Bruno Fornillo

[Historiador, investigador del Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires; CONICET y CLACSO]

La singularidad que recorre *Los marxismos del nuevo siglo* se asienta en su proyección hacia los escenarios por venir de los principios abiertos por Karl Marx. Perspectiva por demás sugestiva, debido a los interrogantes a desplegar que deja formulados, por el afán de apertura hacia un pensamiento crítico capaz de estar a la altura de su tiempo. El escrito de César Altamira traza una genealogía novedosa, rastreando las problemáticas que el marxismo ha gestado en el devenir histórico-social del antagonismo político de los últimos 30 años, fundamentalmente a partir de la crisis de valorización capitalista desatada en 1973. Así, se desentiende de buen modo de la omnipresencia de la “crisis del marxismo” y del sentido común que le fue propio. Por el contrario, divisa una continuidad en la elaboración teórica fundada por el pensador alemán, en la que sus *impasses* fueron ocasiones para recrear un universo de producción teórico-político y donde los quiebres en las líneas maestras de reflexión se “han visto referenciados en procesos de dinámica sociales que conmocionaron el sistema capitalista”. De modo tal que en esta retrospectiva reciente nos encontramos con tres “bloques de pensamiento”, así los caracteriza Negri en el prólogo: la Escuela de la Regulación francesa, el *Open marxism* –agrupado en torno a la revista *Capital & Class* y *Common Sense*– y el obrerismo italiano en su deriva autonomista. Cada uno de estos “bloques” es cotejado con la coyuntura que los vio emerger, examinado minuciosamente –presentando con rigurosidad las polémicas y los posicionamientos de sus autores clave–, puesto en relación con el otro en torno a las ideas centrales que los emparentan y diferencian. Las teorías visitadas tienen en común la elaboración de sus marcos explicativos a partir

de situar en el centro la dinámica de la lucha de clases, distanciándose –según Altamira– del marxismo analítico, de las variantes reformistas, del existencialismo, del estructuralismo y, por supuesto, del marxismo ortodoxo que buena parte de los partidos comunistas europeos representaron cabalmente en la segunda posguerra.

Si bien *Los marxismos del nuevo siglo* encuentra en la Escuela de la Regulación un intento por indagar las consecuencias producidas por la crisis del keynesianismo, mediante la construcción de conceptos afines al marxismo como el de modo de acumulación y su contraparte institucional –el modo de regulación–, termina viendo en ella el pasaje de “una teoría de la acción social al servicio del reformismo radical” a “una teoría académica con relación a lo existente”. De modo que la estructura del texto va poniendo en discusión cada vez más profundamente los “bloques de pensamiento” que tienen a John Holloway y a Antonio Negri como principales referentes. Para el *Open marxism* dará cuenta de la concepción cambiante y rica que produce acerca de la definición específica de la economía marxista y desplegará las tesis que elaboran sobre el Estado en el período crítico de la Inglaterra tatcheriana. Asimismo, entrará en discusión la tesis sustantiva que hace al núcleo común de esta corriente: la idea de que “la propia relación capital es en sí misma lucha de clases”. El trabajo contenido en el capital hace que el espacio de extracción de plusvalía sea presentado como un territorio de por sí conflictivo, donde la lucha de clases aparece de manera transparente, lo que significa afirmar que “no hay leyes objetivas sino lucha de clases intersujetos”. Pero la vertiente en la que Altamira se filia, y de la cual retoma sus innovaciones más significativas, es el autonomismo italiano. Bien sitúa al obrerismo en los años sesenta, en ese intento por gestar una “relación interna” entre la subjetividad teórica militante y el movimiento de masas. El concepto de “composición de clase”, es decir, el análisis del desarrollo histórico de la relación entre tecnología y subjetividad, le sirve a Altamira para caracterizar ampliamente las derivas de este “movimiento de masas”. Muestra, pues, a Mario Tronti produciendo premisas centrales: la clase obrera como el motor básico del capital, el capital así absolutamente dependiente de las fuerza viva del trabajo, concepción que –en tanto inversión de las perspectivas políticas clásicas– abría el campo de la autoorganización como horizonte político, a la absorción de la sociedad por parte de la fábrica, a subrayar el papel de la subjetivación por fuera de todo marco institucional rígido. Una nueva forma de reflexionar sujeta a la sobredeterminación política, la cual marcará ulteriores desarrollos del autonomismo.

Aun al interior de una fuerte tradición, y a partir del recorrido que el texto realiza, la discusión central que expone Altamira se da en torno a la dialéctica. Holloway recrea la dialéctica negativa adorniana,

sosteniendo “la presencia del sujeto negado en el objeto a negar, donde la relación entre sujeto y objeto no se resuelve mediante el distanciamiento y la separación autónoma del sujeto en relación al objeto –óptica spinoziana de Negri– sino mediante la disolución de esa relación (*aufhebung*)”, descripción que condensa el dilema esencial del escrito. El sujeto, para Holloway, niega al capital en su lucha inherente por deshacerse de él, de su alienación. En cambio, nos dice Altamira, Negri postula la preeminencia del antagonismo, una “negación no dialéctica”: “Cuando el capital consigue enmarañar exitosamente las luchas de la clase obrera sometiendo la subjetividad al yugo capitalista, ha impuesto la unidad contradictoria de la relación dialéctica”. En Negri se trataría de una verdadera ruptura ontológica, donde es la práctica política afirmativa, la subjetividad colectiva, la que hace posible la constitución del ser. Tenemos entonces, por un lado, el sujeto de la crítica, de la explotación, de la alienación, mientras que, por otro, se despliega el sujeto del proyecto, del poder constituyente; Altamira habla entonces de un *marxismo crítico*, el inglés, y uno *proyectual*, el italiano. Es en el diálogo entre estas vertientes donde él sitúa lo más productivo del marxismo para el siglo que despunta.

Al abordar las consecuencias políticas que se desprenden de ellas, Holloway, considerando omnipresente a la lucha de clases, no llegaría a formular una teoría de la acción política, mientras que el autonomismo trataría de recuperar la forma de organización inmanente al proceso de producción contemporáneo. Si Lenin pensó el partido en relación con el sistema de trabajo taylorista, se debería ahora crear el modo de organización política acorde a los nuevos tiempos del “trabajo inmaterial”, una perspectiva que tendría en cuenta la exigencia inaugural de poner en relación lo histórico-social con la acción colectiva. Es que Altamira señala claramente la novedad fundante que representa el giro ontológico propuesto por el autonomismo y su arraigo en la dinámica concreta del trabajo vivo, pese a ello, le resulta más complicado definir la epistemología que le sería acorde, obstáculo que identifica y finalmente se propone dilucidar. La identidad entre lo corporal y el concepto, la apuesta por una “noción común corporal” como la de “multitud” –de dudoso arraigo empírico–, el desarrollo inmanente y absolutamente práctico de toda teoría –“el ser funda el saber” sostiene Altamira– son todas proposiciones de una misma perspectiva de pensamiento que pone de manifiesto la exigencia de una teoría del conocimiento que cuestione todo elemento trascendente a la praxis concreta. Aunque, al mismo tiempo, no terminan de discernir las especificidades existentes entre el campo político-ontológico y el epistemológico, y las relaciones que mantienen entre sí. En este sentido, vale mencionar que la intención del escrito de oponer un “marxismo posmoderno al capitalismo posmoderno” por mo-

mentos parece derivar en una ruptura demasiado radical en torno a los elementos positivos que contienen las nuevas producciones. Podemos mencionar, entonces, la rápida desestimación del concepto de "hegemonía", por ejemplo, y su reemplazo por el de "composición de clase", sin que aparezca del todo clara la neta supremacía teórico-política del segundo término con respecto al primero. En este recorte, queda en suspenso el carácter netamente europeísta de las miradas presentadas por Altamira. Si la "idea base" que sostiene el libro es que los quiebres teóricos se referencian en la acción política de masas, si tanto Negri en su prólogo como Altamira postulan que esa vitalidad hoy anida fuertemente en América Latina, cabe preguntarse por los antiguos y nuevos elementos que el marxismo del subcontinente está en condiciones de aportar a una teoría de principios universales. Y, sin embargo, no hay dudas de que tal creación teórica en relación con nuestra coyuntura no será sino en diálogo con los interrogantes y principios que el escrito reseñado nos brinda. Dada la profundidad y extensión expositiva de las vías centrales del pensamiento político contemporáneo, *Los marxismos del nuevo siglo* posee condiciones globales de circulación.